

Yo masón..... ¡no hombre!

- XII. -

En México se abusa de todo: se abusa de la libertad, se abusa de la religión, se abusa de la Patria. No podemos ser libres sin la violencia, religiosos sin el fanatismo, patriotas sin la jactancia.

En mis invidias, vi nacer los dos partidos, que bajo la forma de logias, llamáronse yorkinos y esepés. La mayor parte de mis discípulos se filiaron en el uno ó en el otro: solamente yo permanecí neutral, declinando la honra del neofitismo. Y a fe que me sobraban razones para ello, hijas de un criterio equívoco si se quiere, pero no por eso menos fundadas, y para mí poderosas. Puseme a estudiar el origen de las Sociedades secretas, su desarrollo en diversos pueblos, los estatutos de sus distintas ramificaciones, su azarosa vida

al través de los siglos, llegando a esta conclusión esencialmente vatteriana: en la humanidad la mayor parte de los hombres son el yunque y la minería el martillo que golpea. Libreos Dios de ponerlos entre el martillo y el yunque!

La masonería de otras nacionalidades que no la nuestra, es más cosmopolita, y en consecuencia, menos exclusivista. Es una fuerza expansiva, no restrictiva.

Soy y he sido constitucionalista, y como la Constitución es un Código - Código de libertad - se avienen mal mis ideas con otras doctrinas que pueden restringirla. La masonería es una forma de despotismo, tanto más peligroso cuanto más fraternal es la apariencia. Si, despotismo de la idea, despotismo del individuo. Si quieren V.V. iniciarse en los ritos

de la Masonería, necesitan creer o fingir la creencia de un Dios. ¿Cómo partiendo de una base teológica se pretenden llegar hasta la Emancipación del espíritu? Pasáis por las grotescas humillaciones del néfite, por la abyecta subordinación del aprendiz, por la opresión insolente del hermano, para descifrar este enigma de Moral elemental: la Justicia y el Amor son los verbos que rigen la Humanidad. Palabras! Palabras! Garibaldi, que vivió y murió entre sociedades secretas, decía pocos antes de morir a su hijo Giuseppe: "Es muy difícil ser soldado y ser libre; pero es más difícil ser masón y amar la libertad. Empeña la espada siempre que puedas, Giuseppe, pero nunca te hagas a recoger la escuadra y el compás." En los tiempos de Victoria Posada, Gómez Pedraza y Gorostiza,

la masonería era en México una institución bondadosa y sincera: degeneró después en camarillas demagógicas, hasta transformarse al presente, por una serie de evoluciones, en sociedades de caballeros de industria, sin más ideal que el del Presupuesto.

Después de haber estudiado en Puebla la ciencia de la abogacía, teóricamente, pasé a México a estudiarla en la práctica. Alojeme desde luego en una casa de la calle del Seminario, para estar más cerca del Colegio de San Yldefonso. Mi cuarto de estudiante caía para un patio sombrío, estrecho y de paredes amarillentas y elevadas. La portera de la casa tenía por hija, más bien que una criatura humana, una muchacha-pájaro?

desde que el alba asomaba hasta
que el sol se ponía, cantaba y can-
taba, ya coplas callejeras de las
chinas poblanas, entoces en boga,
ya otro género de cancioncillas más
o menos festivas y picareras. Fo-
davía tengo presente a la memoria
una que dice:

Y vente conmigo

Yo te daré

Kapatos de raso

Color de café

Ah! qué tiempos aquellos en los
que no había más literatura que
la del *Thurriago*, periódico redactado por
el Conde de la *Cortina*!

Una noche en que me calentaba
las pestañas y el cerebro consultando
los clásicos romanos, recibí una in-
vitación para asistir a un baile
que daba la legación Inglesa en

el edificio de *Minerva*. Vestí de etiqueta
apresuradamente: llegué cuando el salón
estaba cuajado de luces y de belleras,
distinguiéndose entre estas por su airoso
talle y ricos diamantes, la joven Marquesa
de *Nivango*, lanzada en aquellos ins-
tantes en un *minuet* impetuoso, blan-
ca y ondulante y vaporosa como una
nube de verano. Cuando más absorto
contemplaba los contornos femeninos
piroteando en el salón, sentí una
mano misteriosa que tiraba de la
cola de mi frac, suave, muy suave-
mente..... Volví la cara y me hallé
frente con un joven extraordina-
riamente feo: la inmensa nariz gra-
melosa y culoteada, caía como
moco de pavo sobre una faz
cortada a cuchillo: los ojos eran
pequeños, tan pequeños y vivarachos
como dos mosquitos veracruzanos.
Más que un joven, era aquello

la caricatura de la juventud. Sin más ceremonias, dijo con marcada ansiedad:

- ¿Eres liberal, Sr. Herdo?

- Sí, hombre, liberal per omnia secula....

Lo que pasó después aun no se borra de mi memoria: el joven aparecido no era otro que Francisco de Paula Gochicoa, agente de una sociedad misionera, encargado de reclutar neófitos entre la juventud de los colegios. Seguíle, más bien por una curiosidad propia de mis pocos años, que por un deseo bargamente acariciado. Gochicoa me introdujo en un edificio destartado de la Calle de la Canoa; y después de hacer antesala durante el espacio de una hora, se abrió de impro- viso una puerta a mis espaldas, fui cogido por los brazos, vendado y transportado en hombros a un sitio donde, por el calor de la atmósfera animal, comprendí que había muchos hombres o animales. Una vez tenebrosa, como salida de la concha de un almeja,

pronunció estas solemnes palabras:

- ¿Tu nombre profano?

- Sebastián Herdo de Fejada.

- ¿Crees en un Ser Supremo?

- Creo.

- ¿Amas a los hombres?

- No Señor, amo a las mujeres

(Murmillos de indignación)

- Responde sin ambages: ¿amas a los otros hombres como a ti mismo?

- Sí, hombre, sí.

- Bien! Hermanos primos vigilante, ¡a la prueba!

Fui cogido por la cintura, y llevado a un sitio donde se oía el cliquear de sables, lamentos de moribundos y ayes de condenados..... Una escipita del Infierno de Dante. Cuando me quitaron el vendaje, vi con repugnancia aquel escenario teatral, sables viejos, sillas rotas, velas de cera..... y sobre todo, fisonomías perfidas, que después de juzgarse hermanadas, seguían odiándose por el mismo encarnizamiento.....

x
x x

Habían pasado tres meses desde aquella noche sonambulesca: yo era ya masón, no precisamente con grado, sino un simple aprendiz. Paseábamos por Bucareli con el joven Gochicoa, cuando se nos acercó un pobre diablo, de cara macilenta y extenuada. Hizo el signo masónico al Sr.

Gochicoa y le dijo que no había comido en dos días..... Yo no llevaba dinero en el bolsillo, pero mi compañero creo que sí lo llevaba. ¿Cual no sería mi sorpresa cuando el Sr. Gochicoa rehusó duramente auxiliar a aquel desventurado?

- Pero, compañero Gochicoa, ¿acaso los masones no son nuestros hermanos?

- Pero, estimable Sr. Herdo, ¿por ventura somos nosotros fondistas?.....

Un estéril heroísmo

XIII

Paso del Norte es una de las poblaciones más tristes, más escueltas y desoladas que tiene la República. Un Sol implacable reverbera sobre una tierra polvosa y blanca, de un blanco sucio que predispone a las oftalmías; su caserío es de adobe, y sobresaliendo de las paredes, de trecho en trecho, se ven verdes manchales de árboles frutales, por entre cuyo ramaje la cigarra canta acurrucada y la paloma torcaz gime melancólica. El Río Bravo, más que río de agua, es río de lodo, su corriente es turbia y cenagosa, y sus márgenes, donde se ven sauces y álamos raquíticos, nada tienen de poético ni de majestuoso. El horizonte que limita ese paisaje, formando una cadena de montañas, extendiéndose al Nor-Éste, montañas peladas, de rocas basálticas